

“Presente, señorita”

de **DINO ARMAS**

NOTA: Para mantener la estructura de monólogo, la actriz también hará grabados los personajes que aparecen en las llamadas telefónicas. A saber: los murmullos de Amanda y los parlamentos de Sebastián.

(Un espacio vacío. Un panorama blanco o rosa que más adelante se correrá. Un foco sobre la figura de Perla quieta. A simple vista pareciera ser un montón de ropa y pelo que estuviera en el escenario.)

PERLA – *(agazapada. La frente tocando el suelo. Vestida como paisana. Luce una evidente peluca hirsuta con trenzas. Golpea rítmicamente con sus palmas repitiendo con voz ronca hasta llegar casi al grito) Ibirapitá ... Tupí ... Arerunguá ... Nambá ... Guaraní ... Ibicuy ... Tacuarembó ... Arapey ... Camba Cuá ... Inchalá ... Nambááá ... (toma una lanza con una media luna que está a su lado) Esta es mi seña. (se va incorporando) Esta es mi marca ... Soy la lancera ... La mujer de José Gervasio Artigas. Soy Melchora Cuenca. Cuando ven mi lanza recostada en el mojinete, en el descanso de una pulpería, el paisanaje sabe que ahí estoy yo y atrás mío, el mismísimo Artigas. Ah ... si mi tatita Gaspar Cuenca, el paraguayo, me viese “aura” ... Si mamita Martina estuviera acá ... (con orgullo) Has recorrido un largo camino, muchacha ... Soy la mujer legal de Artigas. La segunda, sí. Pero, quién me quita lo “bailao”? Me lo gané a puro coraje. Nos casamos en la capillita de Purificación. Unos curas amigos de él nos unieron ante la Ley y la Iglesia. Yo supe ser: compañera silenciosa cuando él cavilaba, discreta ante sus tareas de gobernante y heroica y guardiana en los entreveros. A mi “lao” él pasó de ser Jefe de los Orientales a Protector de los Pueblos Libres. Pavada de título, no? Y todo gracias a quién? A esta servidora. A Melchora Cuenca, más conocida en Corrientes, Misiones, Santa Fe Entre Ríos como: “la prienda de Artigas”. Bien dicen que atrás de cada gran hombre hay una gran mujer. El me eligió por fiera y por bonita. De tanto respeto que me tenía dejó escrito: “Si Melchora se aburriese de estar por ahí y se*

quiere ir a otra parte, que ella disponga como le parezca. No es mujer para la rutina, para las labores cotidianas”. Chupate esa mandarina. *(irónica)* Y de las otras? Dijo lo mismo? Qué va! Ninguna me llega ni a los talones. Ni Rosalía Villagrán *(se persigna)*, ni Matilde Borda, ni Isabel Velázquez ... y, menos que menos, las que ni la Historia –la Historia con mayúscula, eh?– registra sus nombres. La guaraní que parió a María Escolástica, la madre del Caciquillo, la otra que tuvo a Pedro Mónico ... *(se va exaltando)* A mí, sí. La Historia *(con gestos escribe la H mayúscula en el aire)* pone mi nombre y apellidos completos y el de mis padres y el de mis hijos con Artigas: María Artigas Cuenca y Santiago Artigas Cuenca ... *(suena fuerte un celular. Ella duda. Toma la lanza y avanza)* Ibirapitá ... Tupí Nambá ... *(el teléfono otra vez. Ella apretando los labios saca un teléfono celular de su falda. Con voz ronca)* Habla Melchora. Santo y seña. *(cambia. Con su voz normal)* Ah, sos vos, Amanda. Nooo ... habrás entendido mal. Melchora ...? Qué raro! No te extrañe nada que alguien nos escuche y que se meta en nuestras conversaciones. Yo misma, a veces me siento escuchada, espiada. Dale, habla con confianza. Ah ... por la ida a Cinemateca? Era hoy que daban la película iraní? Esa que tiene tantos premios? El León de Venecia, la Concha de San Sebastián ... Digo yo: a quién se le habrá ocurrido ponerle ese nombre a un premio? Te imaginás, Amanda, a vos y a mí, recibiendo por ser maestras jubiladas como premio una concha? Es de mal gusto. Sabés que hoy no puedo ir a Cinemateca. *(murmullo fuerte. Ella aparta el teléfono. Espera. Lo acerca de nuevo)* Callate y escuchame. Tengo un compromiso. Una cita. No, con un hombre no. Tampoco con una mujer. *(murmullo breve)* Cómo se te ocurre con un animal? Cómo que no existe nada

más? Hay hombres, mujeres y ex-alumnos. Vos harías lo mismo, Amanda.

Nosotras llevamos el magisterio en nuestras venas. Por un alumno postergamos todo. Y por un ex-alumno, más. Y acá... viene a casa. Sebastián. Cómo qué Sebastián? No me podés hacer esa pregunta, Amanda. (*cargado*) De todos, pero todos mis alumnos, cuál puede ser Sebastián? Sí, ese. El mismo. Quiere verme. Insistió tanto ... “Señorita Perla, tengo que verla”. Es que, las maestras, somos segundas madres para los ex-alumnos. Y sabés, Amanda? Fue un deseo mutuo. Yo también quería verlo, reencontrarme con él. Y cuando me dijo que había soñado conmigo, la cosa se completó. Yo también venía soñando con él ... (*con tono agrio*) Cómo pesadillas? Si fue un chiste tuyo, Amanda, es malísimo.

Bueno, sí, sí, te perdono. Algo más? Qué qué hacía yo? Nada. Me aprontaba para recibir a mi ex-alumno. Vos, andá tranquila a Cinemateca y disfrutá de la tarjeta y de la película ... aunque leí la crítica y dice que, como toda película iraní, es lenta. Y cuando los críticos ponen lenta, es que es lenta–lenta. Sí, dura como tres horas. Ay, pero qué son tres horas para una maestra jubilada? Es una bendición. Estás tres horas ocupada y sin pensar en nada, mirando una lenta película iraní. Ah, y todo para qué? Para que el muchachito, después que pasa por pestes y dramas de todo tipo, muere ... Ay, Amandita, te conté el final. Fue sin querer. Se me escapó. Sí, no tiene mucha gracia el verla ahora. Pero andá igual. En toda película iraní hay muchas ovejas y muchas flores en primer plano y eso te gusta a vos. Ah, pero tené cuidado. “18” está bravo. Vos apretá la cartera abajo del brazo o, mejor, ponete la plata en el sutién. Y si ves a alguien con cara medio rara: metete en el casino de enfrente. O, si no, en el Templo que hay en la esquina. “Pare de sufrir”? No! Mejor ahí no porque tenés que dejar el

diez por ciento de lo que llevés encima, el diezmo que le dicen. Así que por una u otra cosa, llevá lo justo, Amanda. Y por qué no vas a ir? Te quedás encerrada en tu casa? ... Mirá, yo que vos, igual iba. Pero llevá paraguas. El informativo dio vientos fuertes y lluvia copiosa para la noche. Ah, tenés razón, tomate un Plidex y acostate? ... Bueno, sí. Nos llamamos mañana. *(sonríe satisfecha al cortar la comunicación)*. Se lo merece por cortarme en lo mejor. *(toma la lanza)* Ibicuy ... Tacuarembó ... Arapey ... La guerra nos separó. Ramírez andaba cerca. Tan cerca que mi Pepe se tuvo que movilizar en medio de la noche. “Te sigo hasta el ostracismo”, le dije. Pero él me hizo volver a la Banda Oriental. Y me volví nomás. Con mi dolor a cuesta. Sola, sin hombre, me revolví como pude: lavé, cosí y planché “pa’ juera”. Los poetas me cantaron. De mí dijeron: “Melchora fue la mujer del General y suya la mano que empuñó la lanza para liberar y mantener su suelo. Y fue la misma mano la que apretó con toda la fuerza del amor, el cuerpo de su hombre.” *(ella, rápida, corre una de las cortinas que forman el panorama y aparece un cartel con la letra de la canción “A Don José”.)* Y ahora a cantar todos. *(ella con una mano sostiene la lanza y va señalando la letra y con la otra dirige el coro)* Música, por favor. *(se oye grabación del tema cantado por un coro de niños muy angelical. Ella arenga a los espectadores a que se unan al canto. Al terminar, aplauso grabado. Ella se va despojando de la ropa de Melchora mientras habla)* Qué maravilla aquellos coros escolares ... Mis coros ... Ah, las voces de los varones cuando todavía no se brutalizan y suenan cuál ángeles sin sexo y se igualan a las de las niñas formando un solo coro. Mis manos ... mis manos guiándolos. Aquellos ojitos y cabezas atentos a cada uno de mis gestos. *(lo hace y tararea)* El pianísimo ... el

subir y bajar la voz sin desentonar. El terminar la canción al unísono. Todos a un mismo tiempo. Todos a la misma vez. Todos respondiendo a mi enérgico y bello gesto. *(lo hace y queda suspensa en el ademán)* Todos, no ... Todos, no. El, siempre fue a destiempo. Me cansé de decirle, año tras años: “No, Sebastián, no. No tienes que cantar. Limitate a mover tu boca sin emitir ningún sonido. Lo tuyo es la fonomímica” Pero él, no. Y parecía como que lo hacía a propósito. Todos habían terminado y entonces, aparecía la voz de él diciendo la última palabra del himno. Y eso, claro, provocaba risas, burlas, sarcasmos. Los padres mirando y oyendo, mis colegas también y ... y las altas autoridades. Y, por supuesto, la que quedaba mal ante todos era yo. La turra era yo y no él que había rebuznado. La torpe era la maestra que no había logrado unificar el coro. *(con el teléfono en la mano)* Ah, sería capaz de llamarlo ahora mismo para pedirle que adelantara la hora de su llegada. Pero no, no. *(respira hondo)* Calma, Perla, calma. Acá la fuerte tenés que ser vos. Vos la serena. Anotar en el diario me calma, me da paz. *(busca un cuaderno que tiene un lápiz atado a él. Para escribir se acuesta en el suelo adoptando una actitud típicamente infantil o adolescente. Dice la fecha de la función mientras la anota. Luego sigue:)* Punto uno: mi contacto con el santo padre Artigas hoy, fue más fuerte que nunca. Más sensual. Sentí que mi carne ardía y casi ... casi llegué ... perdón por la palabra, querido diario, sentí que llegaba al orgasmo. Punto dos: llamada inoportuna de la bobeta de Amanda. No puede con su condición de haber sido maestra jardinera. *(aprieta fuerte el punto final de la oración. Sin escribir imita a Amanda)* Perlita, habíamos quedado en ir a la salita de Cinemateca ... Faltó que dijera Cinematequita, así la completaba. *(suena el teléfono)* Será él? *(reptando y*

angustiada) Capaz que no viene ... A lo mejor se arrepintió. *(al teléfono)* Holá, Holá ... Ah, sos vos, Amandita? Cómo que nunca te dije Amandita? No sé. Se me habrá pegado, contagiado de alguien. Qué te pasa, queridita? *(irónica)* Tenés que hacerme una preguntita, una consultita? Te escucho. Soy toda oídos. Ah ... resolviste ir al cine sola. Nooo, no me ofendo. Faltaba más. Total, la repiten a la película, no? Unica función?. Entonces hacés muy bien en ir, querida. Yo, en tu lugar, haría lo mismo. Cada cual es como es, no? Yo, enojada? Para nada. Mañana por la mañana me llamás tempranito y me contás la peliculita. Detalle por detalle. Chau, Amandita. *(corta. Espera un segundo. Pulsa. Con voz ronca:)* Culo ... *(jadea exageradamente)* Teta ... *(jadea)* Teta. Culo. *(corta y espera con una semi sonrisa. Suena el teléfono. Ella con dulce voz:)* Holááá ... Estás ahogada, nena? Qué te pasó? *(murmullo)* Otra vez te llamó el sátiro? El de las malas palabras? El que te dice que te va a perseguir ...? Ah, esta vez no te dijo que te va a seguir? Se le habrá pasado. Ay, por qué no vas a ir a Cinemateca? Hacés bien; cerrá con llave y acostate. Es lo mejor, Amanda. Hay tanto loco suelto por Montevideo. Vos hace 65 años que sos virgen. Es muy triste que te desflore un sátiro. Porque una soltera puede perder su virginidad con un primito, con un vecino y hasta con el portero del edificio, pero con un sátiro queda mal. Capaz que haste te expulsan de “Ademu”. Hasta mañana, querida. Que sueñes con los angelitos. *(corta. Suspira hondo. Anota)* Punto tres: nueva charla tonta con Amanda. Le tuve que poner los puntos sobre las íes. Punto cuatro: viene Sebastián *(sonriente subraya con dos o tres rayas fuertes el punto 4. Hojea a el cuaderno hacia atrás)* Amanda al teléfono, Amanda en la feria, Amanda en el “Sodre”. Por Dios. Esta mujer está en todos los días de mi vida. *(lee seria)*

Visita a mamita en la Casa de Salud. *(lee la fecha)* Dos meses ya. Tendría que ir a verla. Bueno ... si hubiera pasado algo, ellos ya me hubieran llamado. Para eso les pago. Y bastante caro me sale. Qué fuerte que es mamita. Cuando entró en la Casa de Salud me dijeron que de ese fin de semana no pasaba. Y ya van para seis años que está allí. *(de la caja donde sacó el diario, saca ahora dos títeres que accionará y un huevo de madera)* Vieja nueva que entra, vieja que se muere. Pero mamita, no. Siempre está ahí, al firme. En lo fuerte salí a ella. En lo bonita e inteligente salí a papá. Me acuerdo de las caras de los dos cuando les dije que iba a ser maestra. Tengo patente acá *(se toca cabeza)* ese cuadro familiar. Mamita cosiendo medias con la ayuda de su huevo de madera. Papá leyendo el diario. Yo entré y les dije que había descubierto mi verdadera vocación, que iba a ser maestra. Mamita, sin levantar la vista de la media que cosía, dijo: *(Perla hace actuar al títere. Lo mismo hará con parlamentos del padre y posterior pelea de ambos.)* “Elegiste bien. No te da la cabeza para otra cosa.” Papá apartó su diario y le dijo: “No te dará a vos la cabeza, porque heredaste todas las taras de tu familia. Tenés alcohólicos, débiles mentales, sifilíticos.” Y mamita, la buena de mamita, que era y es muy terca todavía, siempre sin levantar la cabeza y siempre cosiendo aquella media de lana en el huevo de madera, le contestó: “Antes de hablar de mi familia, porqué, mejor, no te fijás en la tuya? No era que tu abuela terminó loca en el Vilardebó?” Y una contestación trajo a la otra. Una palabra fuerte a otra peor. Y empezaron los insultos y los amagos de golpes. Cuando yo los dejé, en lo mejor de la discusión –al salir del comedor– sonó el huevo de madera en la cabeza de uno de los dos. Por suerte fue en la cabeza de mamita. Le diagnosticaron traumatismo de

cráneo. Pero así como mi santo padre –que Dios lo tenga en la gloria– siempre le hizo tragar las palabras con golpes, yo también le tapé la boca con mi brillante carrera magisterial. *(corre el panorama y se ven cajas grandes. Ocupan desde el suelo hasta el techo. En su exterior aparecen años que van desde 1966 al 2006. Algunos de estos números se ven enteros, otros sólo el inicio o el final. Estas cajas forman un laberíntico lugar por donde Perla se desplazará. Cada caja que saque dejará pasar una luz que hará más irreal el entorno. Cada tanto hay túnicas que ella ha usado a lo largo de su carrera y que están colgadas como sombras blancas.)* Siempre que los dos se peleaban, mamita se desquitaba conmigo. *(si la dirección lo considera oportuno, puede seguirse –o no– con el juego de los títeres, ahora incorporando el de Perla)* Con el pretexto de peinarme o de hacerme trenzas, me tiraba tan fuerte del pelo que me dolían las sienes. Si me mojaba el pelo: el agua estaba demasiado fría o tan caliente que quemaba. Al ponerme los broches siempre me pinchaba hasta hacerme salir sangre. Fue sin querer, decía. También la mano se le iba sin querer y caía pesadamente sobre mi cabeza o encima de una oreja o atrás del pescuezo. Después sus recomendaciones, murmuradas entre dientes: “Si le llegás a contar algo a tu padre, no sabés la que te vas a ligar”; “Si él se entera vas derecho para el asilo”. A ella le hubiera gustado el verme llorar, pero yo nunca le di el gusto. De las dos, yo, era la más fuerte. Cuando llegaba mi padre, cansado de trabajar, me saludaba a mí primero. Me levantaba alto, por encima de su cabeza y me preguntaba, en una rutina que nunca se rompió: “Y? Cómo se han portado hoy las dos mujeres de mi casa?” Yo, sabiendo que ella contenía su respiración esperando mi contestación, la demoraba a propósito. Me pasaba la lengua

mojando el labio de abajo o jugaba con una de mis trenzas. Después contestaba: “Bien, papá. Bien”. Entonces la oía respirar hondo como si hubiera aguantado mucho aire. Al darme cuenta que esa ceremonia le hacía poco daño a ella, aprendí mil y una maneras de provocar peleas entre los dos. Peleas que siempre terminaban en palizas que yo sólo oía, porque papito, seguramente para cuidar mi educación, cerraba la puerta. No es que yo sea mala, soy justa, que es muy distinto. Y mamá se mereció cada una de esas palizas. Sólo una vez lo tuvo de parte de ella. Sólo una. Y fue algo tan ... tan ... *(al no encontrar el término hace, con la mano, un gesto de apartar la palabra)* Era verano ... tenía tanto calor ... Estaba sola en el fondo de la casa. Me habían dado una “Pomona”. La tomaba a sorbitos y la volvía a tapar con la chapita para que me durara más. Me saqué el vestido y un aire fresco me recorrió el pecho y la espalda. Por qué no hacer lo mismo con la bombacha? Al hacerlo descubrí esa parte de mi cuerpo como si nunca la hubiera visto antes. Y mi mano fue hasta ese lugar que siempre debía estar tapado. Un temblor, que no sabía de donde vino, me corrió por todo el cuerpo. Tomé un trago largo de la “Pomona” y el olor y gusto a manzana de la bebida me llenó la nariz y la garganta. Después me puse a jugar con la chapita sobre mi cuerpo. Me hice marcas en los brazos, la puse sobre las dos tetillas, en el ombligo y sobre ese lugar que siempre tenía que estar tapado. Así me encontró ella. No la vi hasta que me levantó de un brazo tan fuerte que me hizo gritar de dolor. Sus ojos, sus palabras que chillaba repitiéndolas una y otra vez: “Eso es una chanchada. Es un degeneramiento.” Y los golpes en mi mano haciendo que la botella de “Pomona” se rompiera en mil pedazos y que nos salpicara, dejándonos un olor a manzana pegajoso a las dos. Así como estaba,

sin ropa, me encerró en mi cuarto. Y así, sin ropa, mi padre, por los cuentos de ella, me pegó por primera y única vez. Nunca se habló de eso en casa. Ninguno de los tres lo mencionó nunca. Ni papá, ni yo ... ni ella. Nunca. Ahí redoblé mis habilidades para provocar sus peleas. *(se encoge de hombros)* Total ... era tan fácil hacerlo. Ellos no, pero yo sí había cambiado. Ahora espiaba como papá le pegaba. Yo no soy rencorosa, soy memoriosa. Cada vez que voy al Hogar a ver a mamita llevo el huevo de madera y una media. Hago que me mire y pongo el huevo dentro de la media lentamente. Entonces le doy golpecitos por aquí, por allá ... En la cabeza, en la boca del estómago, en las rodillas huesudas y le susurro: “Te acordás, mamita? Te acordás?” En el fondo lo que estoy haciendo es una terapia familiar. Algo que nos hace bien, tanto a ella como a mí. Más de un libro de psicología –de los muchos que he leído– lo dicen. *(extasiada, con pequeñas exclamaciones ahogadas va señalando las cajas e integrando cada vez más al público)* Mi vida entera como maestra... Cuántos bellos recuerdos ... Me emociono hasta el borde de las lágrimas ... Mis túnicas ... Ah ... *(puede tener una escalera con ruedas y “viaja” por entre el laberinto de cajas, leyendo fuerte algunos años. Al llegar a 1966 se detiene. Baja la caja y la deja en el suelo. Toma la túnica que está colgada cerca)* Mi primer túnica. La de los primeros cinco años de trabajo. *(la huele. La aprieta contra sí)* Todavía conserva la dureza del almidón. Almidones eran los de antes. *(en un impulso)* Yo me la pongo. *(lo hace. Le queda chica. No se la puede abotonar)* Qué cuerpito tenía ... *(va hasta la caja. La acaricia)* Mi primer trabajo ... aquella escolita rural de Estación Tapia. Qué tiempos aquellos! Tenía que tomar el tren, bajarme en el descampado que era la estación y después caminar un

kilómetro y medio hasta llegar a la escuela. Pero en ese kilómetro y medio había un arroyo con un puente de morondanga. Al cruzarlo, las maderas se movían como nada. Cada vez que se anunciaba lluvia en Canelones, no iba a la escuela porque, como decían los canarios: “El arroyo no da paso.” La que tampoco me dio mucho paso fue la directora de la escuela rural de la Estación Tapia. Por acá la debo tener (*busca rápido. Saca varias fotos. Murmura al pasarlas*) Ay, qué jovencita que estaba yo acá ... Esta con el presidente de la Comisión de Fomento ... Ah, te encontré. Esa sonrisita de falsa... Martirio Martínez Borda de Palazzo. El nombre era más largo que su inteligencia. Tenía un sellito con el nombre. “Porque yo quiero que la gente sepa que soy casada.” Ponía el sello en cuanta hoja, cuaderno, carné se le cruzaba por delante y después hacía un garabato encima. Garabato era ella. Nos vimos con Martirio y lo nuestro fue un odio a primera vista. Me miró de arriba abajo y me dijo: “Recién recibida. En escuelas de estas características se necesita gente con experiencia. Sabías que acá no vas a tener una sola clase sino varias en un mismo salón?” Suspiró y largó un : “En fin ...” Ella se quedó con las clases más chicas y con menos niños y a mí me encajó los de tercero a sexto. Lo que no sabía Martirio Gómez de ... Ay, me resisto a decir todo el nombre porque se me seca la garganta al pedo ... Ay, se me escapó. Iba a decir: al santo botón, pero al pedo tiene más que ver con Martirio etcétera de etcétera. Lo que no sabía esta buena señora, era que desde que mi madre dejó caer que, tal vez sí la cabeza me iba a dar para cursar magisterio, o tal vez no, lo mío fue una guerra declarada entre la Enseñanza y yo. Fue una lucha a brazo partido en el Instituto Normal con las directoras, con los profesores y con mis compañeros. Y yo no iba a perder esa guerra en el

primer combate y menos ante una maestra que se llamara Martirio. *(otra foto)*

La escolita. Ahora que la miro bien, era como un galpón viejo. Y el almuerzo era rico. *(otro tono)* Rico en grasas, rico en colesterol, rico en calorías. Pero, en el fondo, a mí no me importaba nada. Ni la directora, ni el galpón, ni la comida. Cuando me bajaba del tren y recorría ese kilómetro y medio hasta la escuela en medio de chircas, cardos, carquejas y bosta, yo me sentía como Julie Andrews en “La novicia rebelde” y en vez de cantar como ella *(tararea tema del film)* yo cantaba con todas mis fuerzas “Mi bandera” *(descubre cartel con la letra.*

Ilustra su caminata y arenga al público, compañero imaginario de Perla, a que la acompañe. Como el otro tema, éste también, está cantado por voces infantiles muy agudas. La coreografía de Perla cantando “Mi bandera” es una imitación de la que hace Andrews en la película) Era muy feliz, sí. Tanto. Claro que lo era, si todavía no había aparecido en mi vida: él. Sebastián. Sebastián Cuenca. Ni tampoco se había producido el encontronazo con Martirio. Ella solita cayó en el lazo. No sabía con quién se metía. Yo llevaba años en eso de ser la más fuerte, la mejor, la única. Y para hacerlo era capaz de usar todos los métodos. Los buenos y los de los otros. Martirio etcétera de etcétera apareció un día en mi clase y con aquella típica sonrisa de ella, me dijo: “Perdón, maestra que me meta. Pero, sin querer, desde mi salón oí que estaba haciendo conversiones.” Sí, dije yo, toda inocente, imbuida del espíritu Vareliano y sintiéndome protegida por el blanco inmaculado de mi túnica. Y ella, dijo fuerte para que la oyéramos tanto yo como los alumnos: “Creo que está cometiendo un error pedagógico. Ve. Acá.” Y su dedo índice terminado en una larga uña roja señaló al pizarrón donde estaban los metros, los decámetros, los hectómetros ...

No oí lo que me decía, porque dentro del murmullo que produjo entre los alumnos la observación de la directora, sobresalió la voz de Pedrito, el hijo del presidente de la Comisión de Fomento: “La señorita Perla es una burra.” Ella también lo oyó y –antes de irse– le acarició la cabeza como aprobando lo que había dicho ese ... ese hijo del presidente. Toda una semana me llevó pensar cuál sería el peor castigo para los dos. Con Pedrito fue muy fácil. Le mandé una cartita al padre diciéndole que lo había encontrado copiando y que merecía un buen correctivo, que yo, como maestra no se lo podía dar, pero que él como padre, sí. El padre antes de usar la fuerza me lo trajo. Pedrito tuvo el tupé de jurar ante mi cara que lo de la copia era una mentira mía. Pobre. Era su palabra contra la mía. Y un padre como la gente, a quién va a creer? Al hijo o a la maestra? Por supuesto que el señor me creyó a mí. Pasados tres días volvió Pedrito. Todavía se le notaba uno que otro moretón en la cara. Lo de Martirio fue casi, casi una idea de mamita. Me pidió que le comprara un laxante porque estaba seca de vientre. Fui y con el frasco en la mano se me hizo la luz. Compré dos. Uno chico para mi madre y otro –el más grande que había en la farmacia– para Martirio. *(música de fondo. Tal vez el tema de la película de Julie Andrews)* Ese día, camino a la escuela con el laxante en el portafolios, el campo me parecía más bello que nunca. Me sentía ... no sé ... Juana de Ibarbourou y me puse a juntar yuyitos y como no tenía una higuera a mano, al pasar al lado del único ombú esquelético y viejo, le dije: “Hermoso. Hoy te han dicho hermoso.” A pasos de entrar a la escuela levanté la vista al cielo y en la forma de una nube vi el perfil de Artigas: su frente despejada, la nariz aguileña, el fuerte mentón. Y supe que ésa era una señal de él. Artigas estaba conmigo. Me

apoyaba en mi causa contra Martirio. Más segura que nunca entré a la Escuela. Como todos los días comenzamos con nuestra tarea: preparar el desayuno. Yo era la encargada de calentar la leche y Martirio la servía. Ni cuenta se dio que le puse como medio frasco de laxante en su taza. Me parece que hasta le gustó. “Señora Directora” –yo jamás le dije: che, Martirio, ni nada parecido. Ni a ella ni a ninguna directora. Yo siempre supe mantener las distancias y respetar los grados, digo: los escalafones. “Señora Directora, por qué después del almuerzo no viene a ver la clase de Historia que preparé para hoy? Y de paso mira los cuadernos, así revisa todo lo de Matemáticas para comprobar que seguí sus directivas.” “Por supuesto. Cómo no, querida –me dijo la falsa– me viene bien el ir, así te hago el informe para calificarte.” Cuando estábamos en el almuerzo, le puse lo que me quedaba del laxante en el guiso de fideos, carne y porotos. Entonces llegó el momento de mi triunfo. Si a mí me habían dicho burra, a ella la iban a tildar de algo peor. Martirio entró con todos sus niños a mi salón y yo les di la bienvenida. De reojo vi que estaba medio pálida, con un blanco ceniza, o un verde aceitunado, que ya presagiaba su destino. Y allí yo, como una poseída, dicté –a propósito– la clase sobre Artigas más larga de mi vida. Empecé con la época colonial y sus personajes típicos, después pasé a hablar de los abuelos, padres, hermanos y hasta vecinos de Artigas. Llegué a su bautismo en la Matriz y cuando estaba leyendo la partida de nacimiento, vi –de soslayo– que Martirio se movía inquieta en su asiento y que pequeñas gotas de sudor aparecían en su frente ... Después conté y adorné –a más no poder– anécdotas de la vida en el campo del Artigas niño. Ella, Martirio, se estaba abanicando con uno de los cuadernos. Su palidez era un blanco tipo mármol. Y yo, triunfal, iba

cual paloma entre las filas de niños que seguían embobados mi clase magistral. En el momento que estaba exponiendo la etapa en que José Gervasio entra al Cuerpo de Blandengues, ella hizo un movimiento como para irse. Yo, salté como una fiera y me puse entre la puerta y ella. Sonriente la miré. Al devolverme la mirada, supe que Martirio estaba perdida. Ahora temblaba, tenía miedo hasta de abrir la boca. De levantarse ni hablemos. Apretaba fuerte sus puños y sus piernas. Con un hilo de voz musitó: “Maestra ... creo ... creo que ya es suficiente. Ya tengo una opi...” No pudo seguir. El estruendo de sus intestinos contenidos, el olor y aquel líquido amarillento que empezó a desbordarse por entre sus piernas, llenó todo el salón. Y ahora no fue sólo la voz de Pedrito: toda la escuela a coro, como si estuviese ensayado, dijo: “La directora se cagó de arriba abajo.” Después de ese papelón sólo le quedó pedir una licencia tan larga, que quedé como única maestra hasta fin de año. Esa fue mi primera gran batalla ganada. Mis Las Piedras particular. Logré que todos los niños pasaran de año, incluido Pedrito y hasta tuve las felicitaciones del Inspector de Zona. Y allí empezó mi leyenda, la de la maestra Perla, la que lograba que todos sus alumnos pasaran. Los padres se peleaban para que sus hijos estuvieran en mis clases. Eso fue hasta que apareció Sebastián Cuenca. *(con urgencia)* No, no quiero cargar con su karma negativo. Me va a llamar. Va a venir y no me va a dejar recordar estos 40 años de trabajo. Me va a robar mis recuerdos y no lo voy a soportar. El es como los de la Junta Médica: “Es vieja para seguir trabajando. Se demostró demasiado exaltada y vehemente durante la entrevista. Aconsejamos su pase definitivo a retiro.” El, él es como los colegios privados. Los mismos que antes se peleaban por tenerme entre sus filas, ahora

me dejaban de lado por madura, por no dar el “target” que la empresa quería.

(vuelve a las cajas. Las recorre con las manos) Ah ... los años del '73 al '85. qué años aquellos! Los mejores de mi vida. Qué admirados fueron mis objetivos operacionales! Me los pedían para copiar. Mis discursos en cuanto fecha patria había. Y esa maravillosa disposición que hizo que ningún maestro hombre ... bueno ... maestros hombres-hombres, había muy pocos; usara barba y además tenían que ir de corbata a la escuela. Fue una medida sobre todo higiénica. Y ellas: nada de minifaldas ni de pantalones: sólo polleras. La cantidad de loquitas que denuncié y que destituyeron. Las bobas hablaban como si nada en el recreo y una, qué iba a hacer? Una tenía que denunciarlas. La Democracia es así. Que se fueran a Cuba, no? Ay ... y aquel coronel que vino a la escuela y que me arrastró el ala. Las veces que salí con él. Aunque era un poco raro: me pedía que lo atara y que le pegara mientras le leía en voz alta aquellos maravillosos libros de Educación Moral y Cívica. Los de tapas duras. Nunca hubo libro con ese nivel.. Bueno ... el coronel me sirvió hasta que se terminó. *(otro tono)* Ja; lo único que no cambió en la dictadura y en la democracia fueron los regalos a los docentes. Cuánto florerito, cenicero y paloma de cerámica había, eran para las maestras. Si abro cada caja y saco mis adornos, tengo para poner un bazar berreta. *(más urgencia)* Que no llame todavía; que no venga todavía. Tengo tanto para recordar ... *(cerrando los ojos y saltando cual una niña, va tocando las cajas y canturreando:)* “Yesta, bayesta, Martín de la Cuesta, mi madre me dijo que estaba en ésta.” *(su mano se apoya en una de las cajas. No se ve el año. La baja al piso. Una nueva luz entra por el hueco. Ella tiembla un poco)* Justo ésta. Y, bueno, debe ser el destino. *(saca una lista)* Acá está él. Sebastián

Cuenca. El único, pero el único repetidor que tuve en mi larga trayectoria. El es mi borrón de tinta china, mi virus letal. Sebastián Cuenca. Y justo tuvo que ser portador de ese apellido. Durante 40 años de servicio nunca hubo otro Cuenca para resarcirme. Revisaba los ingresos, los pases, las listas de las otras maestras. El único Cuenca fue él. El repetidor que empañó mi carrera, mi foja, mi historia laboral, mis informes. *(toma el celular. Pulsa alterada. Se oye la voz de Sebastián:)* “Hola ...” Soy tu maestra. “Señorita Perla, yo estaba por ...” Cuenca, no sigas. Ya sabes que primero tienes que esperar a que pase la lista. *(ella va leyendo)* Arana, Norberto; Araújo, Lourdes; Beltrame, Karina; Cuenca, Sebastián ... “Presente, señorita” Sebastián, cuántas veces repetiste? “Usted lo sabe bien. Usted era mi maestra.” Lo sé. Desgraciadamente lo sé yo y todo el magisterio nacional. Pero hoy quiero que tú lo verbalices *(él asustado)* “Qué quiere que le haga” *(ella bufá)* Que lo exprese en voz alta. “Ah... Es necesario?” Lo es, sí. “Y ... bueno, repetí tres veces primer año, estuve dos años en Segundo, otros dos en Tercero, dos más en Cuarto. En Cuarto A y en Cuarto B. *(con orgullo)* Y sólo una vez en Quinto ...” Qué vivo. Una sola vez, porque a esa altura de tu vida ya tenías quince años, barba, vellos en las piernas y se te dio el pase para la escuela nocturna. Y qué pasó? Qué pasó? “Estaba usted de maestra.” *(ella descontrolada)* Sí, estaba yo. Y estabas tú, Sebastián Cuenca. Y otra vez fracasé contigo. No aprendías, no aprendías y no aprendías. “Y bueno, uno es como es.” Y aquella terrible frase tuya retumbando dentro del Mausoleo? Rompiendo el sacro silencio respetuoso que impone ese lugar. “Cuál? Fui todos los años al Mausoleo. Era una visita obligada. Pobre el niño que faltaba. Usted era implacable.” Por supuesto que sí. “Llegué a ver compañeros temblando de

fiebre, asmáticos ahogados, y el tener sarampión, varicela o paperas no servía de excusa.” No intentes distraerme, Sebastián Cuenca. Ya que te gusta tanto repetir, repite – ahora – aquella desdichada frase. “No, señorita.” Sí, alumno. Se lo ordeno. “No quiero, señorita Perla.” Te da vergüenza. “Y ... algo” (*ella al oír eso se desboca*) Algo... sólo algo. El señor siente sólo algo de vergüenza. “No es para tanto.” Cómo que no es para tanto? Si a mí que no me sorprende nada, aquella tu frase fue como un gran martillazo. Siete palabras que fueron siete puñaladas, siete hachazos. (*lo imita*) Cómo jode usted con Artigas, señorita Perla. Ya tenías la voz gruesa de ahora. Y el eco del lugar siguió repitiendo tu frase: ida y vuelta, ida y vuelta. Hasta los soldados del lugar perdieron su compostura. “Si usted se acuerda de cada cosa...” Yo soy memoriosa, justa y generosa. No te preparé a conciencia para que – por lo menos – entraras en la Policía? Y perdiste el examen de ingreso. Bueno. Se acabó. Vas a venir? “Estoy a tres cuadras de su casa. Le llevo una manzana como siempre.” Cuando llegues, antes de entrar espera a que pase la lista. “Busque una donde mi nombre esté primero.” Tu nombre iba primero cuando repetías. (*él contento*) “Sííí.” (*ella brama*) Cómo te gusta ser repetidor... (*le corta. Deja caer el celular. De espaldas al público mira las cajas. Va sacando violentamente algunas a medida que dice:*) Repetidor ... Sebastián Cuenca, repetidor ... Cuenca, repetidor ... Repetidor. Repetidor. Repetidor ... (*termina agotada. La luz se cuele por todos los huecos que han dejado las cajas. Se va vistiendo como Melchora Cuenca*) Yo, la maestra con 100 de puntaje. Yo, que logré promover a cientos y cientos de niños, no pude con él. No me dio la cabeza. Ahora que jubilada puedo mirar hacia atrás y pesar en una balanza todo lo bueno y lo malo, me queda en el debe

una sola cosa: Sebastián Cuenca, el repetidor. Y en el haber: el saber defender con uñas y dientes la enseñanza durante 40 años. El haber apartado de mi camino a los malos docentes, a los malos orientales. Aquellos ... mis anónimos ... tantos ... enterando a las autoridades de cualquier irregularidad. Las largas llamadas al Conae primero y al Codicen después dejando caer comentarios sobre limpiadoras, cocineras, maestras, directores y hasta inspectores que no eran dignos herederos del santo padre Artigas. Ah ... mi José Gervasio. El hombre que amé cuando joven y que amo, hoy mismo, más que nunca. *(va apagando las luces)* Ahora voy a hacer lo que corresponde. No soy mala, soy justa. *(empuña lanza)* Yo, Melchora de Artigas. Yo, Perla de Artigas, debo poner las cosas en su lugar. Por algo soy tu lancera, Pepe mío. Vos, Pepe, dijiste: “Sean los orientales tan ilustrados como valientes.” Y hay uno, hay uno que no quiso ser ilustrado y que lo tiene que pagar. *(timbre largo. Ella empuña la lanza apuntando al lugar de donde salió el sonido. Bajo se comienza a escuchar el tema “Disculpe”. Va subiendo de volumen hasta ser muy fuerte en el final)* Está abierto ... Pasa no más, Sebastián Cuenca ... *(un haz de luz indica que la puerta se abrió)* Ese olor a manzana ... No te muevas. Tengo que pasar la lista. *(va diciendo los nombres de memoria. Ella queda en las sombras. Su figura recortada por las luces. Su respiración fuerte recuerda la de un animal loco pronto para matar.)* Arroyo, María del Carmen ... Añón, Pablo ... Bentos, Alberto ... Cuenca, Sebastián ... “Presente, señorita.” *(una manzana rueda hasta los pies de Perla. Ella la toma, le da un fuerte mordiscón y la tira a un costado. La sombra alargada del hombre se va acercando a la lanza que Perla empuña con fuerza. Tema musical a todo volumen y apagón.)*

F I N